

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

DON MANUEL ALFREDO RODRÍGUEZ

Hablar con propiedad sobre la gesta intelectual del maestro Pedro Grases es empresa atrevida y hacerlo con originalidad supone un ejercicio de imaginación. En el elogio a su vasto y fecundo quehacer venezolano e hispanoamericano coinciden pensadores de su generación con los de posteriores promociones que tienen a honra ser sus discípulos y acreditan esa calidad con los méritos de sus obras. Esa rara unanimidad de escritores e historiadores ha generado lo que pudiera llamarse una literatura grasista que le proclama, dentro y fuera del país, el bellista por antonomasia, historiador por excelencia de la cultura intelectual de Venezuela y forjador de una legión de investigadores y docentes. La elusión de tópicos sobre la vida y ejecutorias de Grases es, pues, faena casi imposible y trataré de disimular la dificultad apelando a los juicios menos gastados por el uso justiciero.

Sí uno piensa en las circunstancias de su llegada a la Venezuela de 1937 —emigrado de la España devorada por la guerra— y reflexiona sobre la magnitud de la obra cumplida por él durante casi sesenta años, no puede menos que dar la razón a quienes identifican la tenacidad con el carácter catalán. Los venezolanos tenemos positivas experiencias de la índole de los nativos del antiguo principado, En 1817, año de su extinción, el Imperio Capuchino del Caroní, edificado por frailes catalanes, incluía 27 pueblos de misión y 2 villas de españoles que albergaban a unos 21.146 habitantes. La jurisdicción efectiva de la Guayana Española alcanzó hasta donde llegó la huella de los misioneros y los testimonios de ese gigantesco esfuerzo colonizador serían argumentos irrefutables para evitar una merma mayor de la frontera sudoriental de Venezuela. Al correr del tiempo la diáspora provocada por el episodio español o capítulo primero de la II Guerra Mundial nos trajo a numerosos catalanes que darían fundamentales aportaciones al progreso del país. Apenas vienen a mi memoria algunos de los varios con particular significación en el desarrollo intelectual y científico de Venezuela. Me consta que uno de ellos, José Antonio Vandellós, reconstruyó la estadística nacional fundada por el Presidente Guzmán Blanco y prácticamente inexistente al tiempo de su llegada. Otros dos, el fisiólogo Augusto Pi Suñer y el cirujano Francisco Corachán, influyeron considerablemente en el adelantamiento de la medicina. Uno más, mi querido maestro y antecesor académico Manuel Pérez Vila, legó importantes contribuciones a nuestra historiografía y bibliografía. Y el propio Grases, aún entre nosotros— y ojalá con salud por muchos años—, se ha calificado y mantenido como impulsor y guía del redescubrimiento del pensamiento venezolano y el incremento de nuestro

patrimonio cultural con la consiguiente elevación de nuestra autoestima.

Tengo a la vista la impresionante Bibliografía de Pedro Grases, recopilada y clasificada hasta 1995 por Horacio Jorge Becco. Ella menciona centenares de libros y folletos de su exclusiva autoría amén de otros tantos textos para ediciones, compilaciones y prólogos, obras en colaboración — varias con Pérez Vila—, decenas de participaciones en obras colectivas y, por supuesto, la enumeración de las de referencia. Esta inmensa masa de escritura —si es que el término cabe— ha sido redactada en castellano y catalán e impresa en ciudades de Venezuela, Cataluña y otras de las dos Américas, corzo lo son su nativa Villafranca del Penedés, Caracas, Bogotá, Santiago de Chile, La Habana, México, Washington, la Barcelona mediterránea, Buenos Aires y Maracaibo. Lo escrito hasta 1987 proporcionó materiales para los 16 volúmenes de las Obras Completas de Pedro Grases y, dos años después, en 1989, circuló, con sentido de homenaje continental, el libro Escritos Escogidos, numerado 144 en el catálogo de la Biblioteca Ayacucho, presentado por el doctor Arturo Uslar Pietri y formado con textos seleccionados y prologados por Rafael Di Prisco. Allí afirma Uslar: "Es casi imposible estudiar autores y obras del pasado nacional sin tener que recurrir a lo que este hombre infatigable ha encontrado y dicho". Justo el elogio, pues tal menester de paciencia y sabiduría equivale a la construcción de una como inmensa torre de papel impreso —y nada más duradero que el papel impreso— erguida como depositaría y pregonera de los logros del pensamiento venezolano.

El resultado de este esfuerzo ha favorecido, en mayor o menor grado, a todos cuantos en Venezuela trabajamos la palabra. En mi caso, y dispénseme la personal referencia, la satisfacción de mi curiosidad por conocer a ese gran venezolano "self made man" que fue el impresor y editor Valentías Espinal, a quien siempre he tributado la mayor admiración y ello gracias a sus averiguaciones sobre el personaje y la publicación de su notable Diario de un desterrado (1861-1863). Ese volumen revela la amplia cultura de aquel artesano autodidacta que aprendió entre los chibaletes de su taller y cuya erudición en materia de arquitectura asombra por lo inesperada así como también el señorío espiritual de quien, con plena conciencia de su valer, supo empinarse sobre prejuicios seculares sin perder la serenidad de ánimo y el sentido de la justicia. El Diario de Espinal es también una pintura fidedigna de la Venezuela violenta de los años postreros de la Revolución Federal y sus observaciones sobre los países europeos que visitara se tornan particularmente interesantes en el examen sagaz de la España del tiempo de Isabel II. El hombre cabal que fue don Valentías aparece de cuerpo entero en ese texto y es muy probable que, de no mediar la voluntad de Grases, el

manuscrito de este prócer civil —indispensable para su cabal valoración— aún reposara en el arcón familiar donde permaneció durante un largo siglo. Esfuerzo semejante es apenas una pequeña muestra de su ímproba labor.

La "ópera magna" de Grases es, sin lugar a dudas, su esforzada participación en la *Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello*, creada en 1948 por el novelista Rómulo Gallegos, a la sazón Presidente de la República, y cuyo fruto son los 26 volúmenes que organizó en unión de otro intelectual que también sería y es Presidente Constitucional de Venezuela, el doctor Rafael Caldera y, por supuesto, de un distinguido equipo de colaboradores. El anhelo de venezolanizar y actualizar a Bello, solicitado con excelsa prosa por Juan Vicente González aún en vida del Humanista de América, y sucesivamente alentado por bellistas de la talla de Espinal, Aristides Rojas, Key Ayala, Luis Correa, Briceño Iragorry, Parra León, Augusto Mijares y, en 1935, por el propio Caldera con el Andrés Bello de sus días estudiantiles, se haría realidad en esa edición monumental cuya meritoria publicación compete a la Casa de Bello, creada por el maestro Caldera durante su primer gobierno y presidida por el doctor Osear Sambrano Urdaneta.

Nada más natural entonces que el discurso de incorporación académica del bellista Grases verse sobre Bello. Afirma el beneficiario que *El paisaje de Venezuela: (es la) Base del Humanismo de Andrés Bello* y demuestra, con el ejemplo de sus primeros poemas, el hechizo ejercido en la sensibilidad del joven rapsoda por el paisaje tropical de Caracas y su entorno. Cita también la perdida traducción del Canto V de la Eneida, temprano testimonio de la afinidad de Bello con el barde pastoril de las Bucólicas, y cantor de la agricultura en las Geórgicas, vínculo este el cual habría de merecerle el honorífico mote de "Virgilio americano". Luego apela a la comparación de dos manifestaciones del humanismo bellista como lo son la historia y la poesía para encontrar en la primera el anuncio de sus silvas y en éstos la persistencia en el tiempo de su apego al campo venezolano. A tal efecto examina la porción más bellista por deslastrada de influencias del Resumen de la Historia de Venezuela, publicado en 1810 —el primero de los libros de Bello y el primero de autoría y hechura venezolanas—, y prueba su afirmación al señalar en su prosa impresiones y expresiones que, al correr de los años, en el remoto y brumoso Londres, figurarían como versos y estrofas de sus borradores de poesía y de las versiones definitivas de sus célebres silvas *Alocución a la Poesía* y *La Agricultura de la Zona Tórrida*, respectivamente datadas en 1823 y 1826.

Hace 52 años, exactamente en 1944, el doctor Pedro Grases fue elegido Miembro Correspondiente por el Estado Miranda de esta Academia Nacional de la Historia. En aquel momento llegó a

nuestra sede con la credencial de unos cuantos trabajos y hoy, al cabo de 51 años, más de medio siglo después, retorna con una carretada de libros para asumir el rango de Numerario. Tal y como lo dice en su discurso, en aquel entonces participó con asiduidad en la vida de la Academia y no es improbable que alguien de la época se preguntase: "¿Quién será ese señor que anda por la Academia como Pedro por su casa?". Pero, quien hoy le vea trajinar nuestra porción de claustro, tendría que decir: "Es Pedro Grases que se pasea por su casa".

Doctor Grases: Sea usted nuevamente bienvenido en la Academia Nacional de la Historia y ocupe su sillón "B" que por derecho le pertenece.